

LA FUERZA DE LA SANGRE. A partir de la novela ejemplar homónima de Miguel de Cervantes. De María Folguera para Celia Freijeiro.

Siete, ocho, nueve, diez,

Son diez escalones, cuento porque apenas veo, apenas veo y tengo que recordar cada uno de los escasos detalles que puedo retener, no me lo puedo creer, me siento gilipollas, estoy perpleja, cómo me ha podido pasar esto a mí, ¿sabes qué pasa? Que me siento imbécil, porque si estoy aquí significa que de alguna manera no he peleado lo suficiente.

Vamos a ver, pensemos en Lucrecia, pensemos en las ilustres violadas de la Historia,

Yo ahora debería clavarme un puñal, ¿no?

Debería agarrar su filo y sacrificarme a mí misma como si fuese un conejito para el arroz de los domingos; precisamente mañana es domingo y mis padres estarán esperándome, será la hora de comer y mi madre pone la mesa el mantel llena los vasos coloca los cubiertos correctamente, ¡no puede ser! Mi padre y mi madre, me los imagino, ahora mismo están sentados, junto a la mesa, las cuatro de la madrugada, el tic tac del reloj es una tortura que los remueve como una aguja cada vez más honda, pero no se mueven, les pasa como a mí, no saben si estoy muerta, no saben a dónde acudir, no han sabido reaccionar, gilipollas, como yo. íbamos por la calle, volvíamos de pasar el día en el río, el sábado, el típico sábado, y de repente pasó.

¿Dónde estaré? Diez escalones, ¿qué más detalles tenemos? ¿qué puedo contarle a la policía? Esto es lo que hacen las secuestradas, ¿no es así? Tengo que ser muy lista, un poco más lista que mi secuestrador, a él no se le ocurre que yo pueda calmar mi temblor, al menos un poco, levantarme de la cama, caminar a tientas, y recordar algún detalle: percibo un leve resplandor de oro, percibo los damascos, cuento con el filo del dedo el número de sillas, el borde de los escritorios. Esta es una casa con pasta. Pero no hacía falta correr

este riesgo. Me levanto de la cama de la violación y paseo por la casa por si puedo reunir más información, y denunciar después, pero ya ves tú, estaba claro que el violador era de buena familia.

Hasta veinte y dos años tendría un caballero de aquella ciudad a quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinación torcida, la libertad demasiada y las compañías libres, le hacían hacer cosas y tener atrevimientos que desdecían de su calidad y le daban renombre de atrevido. Encontráronse los dos escuadrones: el de la ovejas con el de los lobos. En un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas y en otro instante se resolvieron en volver y robarla, por darle gusto, que siempre los ricos que dan en liberales hallan quien canonicen sus desafueros y califique por buenos sus malos gustos.

Estaba claro que era de buena familia, por la manera de hablar, por la manera de descojonarse en la cara de mi padre, por la manera de guiñarle un ojito a mi madre. Entonces yo me desmayé: donde hay desmayo hay violación, esto es así en nuestra Historia cultural. Si ella se desmaya, estamos narrando una violación. Pues bien, me desmayé. Supongo que es una manera de no contar lo que verdaderamente ha pasado, es demasiado incómodo para todos, no hace falta desarrollarlo, nos lo imaginamos todos, no nos apetece hablar de penes, de pollas, de rabos, de estrategias de dominación torpes pero eficaces, no nos apetece imaginar los olores, la flaccidez del alcohol, los minutos repetitivos en su crueldad, o crueles en su repetitividad, no nos apetece aguantar a este señor hasta que se corra, que lo aguante ella, y por eso es casi mejor que se desmaye, ¿no? Es mejor para el narrador que la violada se desmaye. A lo mejor me desmayé, a lo mejor no. Miguel de Cervantes y en realidad usted también prefieren la versión del desmayo. Y cuando me despierto, y él quiere volver a empezar, al principio me pongo en plan Lucrecia, en plan "Mátame", pero luego me doy cuenta de que no quiero eso, no quiero la solución de Lucrecia, prefiero seguir viva, ya me lo arreglo yo luego con terapias o con el tiempo que todo lo cura, yo qué sé, prefiero seguir viva y dentro de un tiempo volveré a comer conejito con arroz, y recuperaré la alegría, el sabor, de momento lo más importante me parece seguir viva:

Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho con solo que me prometas y jures que, como las has cubierto con esta escuridad, la cubrirás con perpetuo silencio sin decirla a nadie. Haz cuenta que me ofendiste por accidente, yo la haré de que no nací en el mundo, o que si nací, fue para ser desdichada. Ponme luego en la calle o a lo menos junto a la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme a mi casa.

Me ha costado un rato largo, negociar, seguir la corriente, amenazar lo más sutilmente posible para que no se cabree y se dé cuenta de que lo más práctico es matarme, por fin se ha ido, creo que se ha marchado para hablar